

Homenaje al Sr. Rector de la Universidad de Chile, Profesor Dr. Ennio Vivaldi Véjar, con motivo del otorgamiento de la medalla honorífica “Francisco Bilbao”, a cargo del hermano Rodrigo Salinas Ríos.

El Dr. Ennio Vivaldi es Profesor Titular en el Programa de Fisiología y Biofísica del Instituto de Ciencias Biomédicas de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y, desde 2014, rector de esa casa de estudios. Nacido en Concepción en el año 1950, en el seno de una familia largamente ligada al quehacer universitario y cultural de esa ciudad, cursó su enseñanza media en el Liceo N° 1 de Hombres, Enrique Molina Garmendia, desde donde egresó, con honores, el año 1966, distinguiéndose como puntaje nacional en la Prueba de Aptitud Académica, que se rendía en ese entonces. Ingresó a estudiar medicina en la Universidad de Chile, donde obtuvo el título de médico-cirujano en 1974, para posteriormente especializarse, en la Escuela de Medicina de la Universidad de Harvard y en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, en fisiología del sueño e ingeniería biomédica, áreas de desarrollo científico en las que es reconocido, hoy, como un referente a nivel mundial. En su extendida carrera académica ha liderado numerosos proyectos de investigación, cuyos resultados han sido publicados en las más prestigiosas revistas científicas del mundo, distinguiéndolo como una autoridad en el diseño de sistemas computarizados de medición y caracterización del sueño, tanto con propósitos experimentales como diagnósticos y terapéuticos, ejerciendo un rol de liderazgo en las sociedades internacionales, que concentran a los especialistas en esas materias.

Pero no es por sus indiscutidos méritos académicos que reconocemos, hoy, al Profesor Vivaldi. La medalla “Francisco Bilbao” es otorgada, por la Gran Logia de Chile, a quienes se han distinguido en su quehacer público, por la defensa del laicismo y los valores republicanos. Aquellos valores por los cuales luchó el prócer de quien la medalla lleva su nombre, en los albores de la formación de nuestra Patria. En el crisol donde se forjó nuestra República, Don Francisco Bilbao, de modo valiente y propositivo, levantó, siempre, las banderas de la libertad y la defensa de los desposeídos, arriesgando no sólo su personal proyecto de vida, sino también su propia integridad física. Fue expulsado de la carrera de derecho, que cursaba en el Instituto Nacional, donde había sido discípulo de Don Andrés Bello, a raíz de la publicación de su texto fundante: “La Sociabilidad Chilena”, que tras vergonzoso juicio fue quemado por el verdugo, en un acto con claros resabios de la edad pre-moderna, de la cual nuestro país se encontraba recién emergiendo. Señalaba en su texto, Don Francisco Bilbao, que “El individuo, como hombre en general, pide la libertad del

pensamiento, de donde nace la libertad de cultos. El individuo, como espíritu libre, expuesto al bien y al mal, necesita educación para conocer el bien. ... De aquí nace la destrucción del privilegio, de la propiedad feudal y la elevación del salario a medida que se alza la dignidad humana.” Su desarrollo intelectual posterior, afín a las ideas emancipadoras de la Ilustración, lo llevó, repetidas veces, a sufrir el exilio, desde donde volvería con aún mayor fuerza, para intentar liberar a nuestro pueblo del yugo de la superstición y la esclavitud material, convencido que la educación y la ciencia eran las herramientas con las cuales se lograría ese noble propósito. Su proyecto social culminaría con la formación de la Sociedad de la Igualdad, junto a otros espíritus libres, que en la promesa de incorporación, exigida a sus miembros, resumía un proyecto libertario hasta hoy inconcluso: “¿Reconocéis -decía la promesa- la soberanía de la razón como autoridad de autoridades? ¿Reconocéis la soberanía del pueblo como base de toda política? ¿Reconocéis el amor y fraternidad universal como vida moral?”.

El Profesor Vivaldi, a quien hoy homenajeamos, es un digno continuador del proyecto de Bilbao. Su esfuerzo por rescatar a la educación pública, del marasmo en el que la han sumergido décadas de programado descuido, ha descollado en un ambiente en el que cualquier reivindicación del rol del Estado es mirada con sospecha. La lucha del laicismo no sólo se libra en la demanda de autonomía sobre el propio cuerpo, donde hoy se sitúa la frontera visible de la discusión en torno a la libertad de conciencia, sino que, más profunda y soterradamente, en la denuncia de la extensión sin pausa del principio de subsidiariedad -inscrito en las bases mismas de la institucionalidad vigente- hacia las actividades que deben ser consideradas rol preferente del Estado, como es el caso de la educación de sus ciudadanos. A fuerza de repetirse, parece a ratos que el principio de subsidiariedad hubiera nacido libremente del contrato social, como lógico producto de la razón, olvidando que es el propio Catecismo de la Iglesia Católica el que reconoce la paternidad de este principio, remontando su origen a la encíclica *Quadragesimo anno*, de Pío XI, cuya bajada de título, significativamente, reza “sobre la restauración del orden social en perfecta conformidad con la ley evangélica”, y que nació como una reacción a las movilizaciones sociales del siglo XIX e inicios del XX, que pusieron en jaque al régimen vigente. La defensa de la educación como una responsabilidad irrenunciable del Estado, en tanto derecho social es, por consiguiente, una lucha por la recuperación del laicismo como principio de nuestro ordenamiento comunitario. Es en este frente donde el rol que ha jugado el Profesor Vivaldi ha sobresalido, recogiendo la abandonada bandera de las universidades estatales, erróneamente comprendidas -por las propias autoridades de Gobierno- como un actor más, de entre muchos que sirven el mismo fin. Su decidida dirección se encuentra expresada en numerosos textos, de entre los cuales la brevedad del tiempo me

permite rescatar sólo uno, pronunciado por el Profesor Vivaldi al asumir como Presidente del Directorio del Consorcio de Universidades del Estado de Chile, para el período 2018-2022. La gratuidad de la educación universitaria -señaló el rector, en esa ocasión- “conlleva y permite enfatizar, en forma muy palpable, lo que es esta concepción de la universidad como un centro de conocimientos y desarrollo para el país y formación de recursos humanos, que es una concepción distinta a la que ha imperado hasta ahora y que ha prescindido de valores como la generosidad y la colaboración... El hecho de que la universidad sea gratuita -agregó el Rector- es la forma más obvia y palpable de usar esos valores. La gratuidad de la Educación superior no es un problema económico, no es un problema de financiamiento, es un problema de una concepción de lo que son las universidades, qué significa seguir una carrera, que significa proyectarse e interactuar en una sociedad”. Ninguno, como el Profesor Vivaldi, ha sido tan pertinaz en representar, a los sucesivos gobiernos que han ocurrido durante su gestión, la especial responsabilidad que le cabe al Estado con sus universidades, que ajenas a intereses corporativos o de grupo, tienen la responsabilidad de garantizar el derecho social a la educación, que para que pueda satisfacer esa categoría, debe ocurrir en un ambiente pluralista, laico, de alta calidad y gratuito. Lato sería continuar en lo que arriesgaría transformarse en un panegírico, alejado de nuestras prácticas y afín al riesgoso culto de la personalidad, del cual el Profesor Vivaldi siempre ha rehuido. Baste decir, que la Masonería impulsa a sus miembros, a seguir el ejemplo de quienes han levantado la bandera de la educación, como la forma de emancipar a los pueblos. Esta medalla, Rector Vivaldi, es una forma simbólica de expresarle nuestro reconocimiento, en esa excelsa categoría, de quienes han contribuido a continuar en la tarea magnífica de construir una patria más justa y fraterna, que nos legó nuestro Querido Hermano Francisco Bilbao.